

## Refugio

No es que Mamá no haya intentado nunca que nos fuéramos de allí. Hubo una vez en que lo intentó. En ese entonces estábamos en la calle Buswell. Yo iba a la escuela media, tenía apenas once o doce años.

Habitualmente mirábamos la televisión en aquel viejo aparato, el de la antena rota, que se elevaba blanda como los tentáculos de un animal herido. Aquel día estaban dando E.T., con sus ojos grandes y azules. El arrugado E.T., con aspecto de lagartija demasiado crecida.

Yo estaba mirando boquiabierta la pantalla cuando oí tintinear las llaves de Papá. La puerta se abrió de golpe. Entró él, fue directo a la habitación de ellos dos. De repente empezó a tronar su voz y la vocecita de Mamá le llevaba la contra; pero apenas si era una contra.

Cuando al fin salió ella de la habitación, por los costados de la boca le goteaba sangre. Papá la seguía, gritando y agitando las manos. Los observé desde mi asiento, con miedo de meterme entre ellos dos y toda la furia de él.

Ella fue a la cocina. Él la siguió. Me levanté y los seguí. Me paré en la entrada, ese vano de puerta sin puerta, como

el vano de la puerta que conducía de la sala a la cocina de nuestra antigua casa de Port Harcourt. Continué mirando.

Frente a la pileta, él rondaba por encima de ella, ahora mascullando, ya no gritando. Quizás hablar así era lo mejor que podía hacer él para recuperar el control de su furia. Habló así mientras ella abría la canilla y luego inclinaba la cabeza hacia el agua corriente. Siguió hablando así mientras ella se lavaba la sangre de la cara. Pero luego perdió el control una vez más y el mascullar volvió a ser un gritar.

Ella se enderezó como para irse, pero él le cerró el camino, la agarró de los hombros, luego del pelo, empujó y empujó de tal modo que al fin la hizo caer de rodillas. Entonces entré corriendo en la cocina y escurrí mi cuerpecito entre ellos, chillando y chillándole que la soltara. Finalmente la soltó.

Aquella tarde, Mamá me llevó a la heladería de Brookline. Un cucurucho de helado de vainilla para mí. Nada para ella. Me tomó de la mano y caminamos juntas hasta el parque. Eran los comienzos del verano, a la tardecita, pero el sol todavía calentaba. El helado chorreaba por los costados del cucurucho.

Nos turnamos subiendo y bajando en el subibaja. No hablamos. Ella mantenía la vista en un punto evanescente a mis espaldas, bien lejos de donde estaba yo sentada en el subibaja, bien lejos de los árboles, quizás incluso tan lejos como el horizonte, donde el sol pendía en el cielo como una bola anaranjada. Le observé los labios hinchados, del lado donde debía de haber aterrizado el puñetazo de Papá. Sólo

cuando empezó a ponerse el sol se bajó del subibaja. Dio la vuelta hasta mi lado y me tendió la mano.

Acabábamos de doblar en la esquina de la calle Buswell cuando vimos a la mujer. Si hubiera sido sábado a la mañana, antes de las nueve, ella habría estado dentro de la iglesia, repartiendo latas de porotos, cajas de cereales Kellogg's, rebanadas de pan.

Pero era un día de semana, no un día de banco de alimentos. Quizás ella acababa de salir de una de esas misas de día de semana al atardecer, o quizás acababa de terminar algún otro trabajo en la iglesia, porque allí estaba parada, apenas unos pocos pasos delante de la iglesia, esperando al ómnibus, con el farol de la calle pendiente justo encima, alumbrando luminoso sobre su cabeza.

Fue primero ella la que saludó a Mamá agitando la mano, y por supuesto Mamá le devolvió el mismo saludo. Y luego nos hizo ademanes de que nos acercáramos, y eso hicimos.

Al principio tenía esa sonrisa en la cara, pero luego la cara se le puso seria, con la boca apretada en un círculo. Miró fijo los labios de Mamá, miró fijo los míos, como si esperara encontrar algo similar a lo visto en los de Mamá. Ella tenía ojos azules y por un momento pensé en E. T. Ese azul intenso de los ojos de él.

—¿Qué pasó? —preguntó, entrecerrando los ojos con preocupación.

Se oían tenues ruidos nocturnos: motores de autos que pasaban, pájaros y grillos que cantaban en la oscuridad. Y de repente Mamá estaba llorando, esa clase de llanto serio:

sus hombros subían y bajaban, se le cortaba la respiración. Me apoyé contra ella, le aferré la mano con más fuerza que antes.

Salieron palabras de las bocas de las dos, las palabras de Mamá apresuradas e inquisitivas y cargadas de su acento, las de la mujer aplacadoras y amables y fluidas, de la manera sosegada en que yo había llegado a tener la expectativa de que fluyera el habla en los Estados Unidos.

Pensé en Papá en el departamento, me pregunté en lo que pasaría si de repente él pasara caminando y se encontrara llorando a Mamá, si de repente él pasara caminando y se encontrara a Mamá contándole a la mujer las cosas que nos hacía. Sin duda la habría llevado directo a casa y le habría dado otra vez. O tal vez incluso, si estaba lo bastante furioso, le habría dado ahí mismo, delante de la mujer. Aunque antes nunca había hecho una cosa así en público.

Con todo, una persona no anda por ahí con ojos morados y labios hinchados y esas cosas sin que la gente sospeche. La mujer sin duda había visto eso antes —un ojo morado en Mamá, o un moretón violeta en mi brazo—, cuando estábamos en la cola frente a ella para recibir comida.

Incluso en la escuela la señora Stephens nos preguntaba por los moretones. Yo le contaba que me había caído de la hamaca, o que por accidente me habían quedado atrapados los brazos en la cuerda de la hamaca. Siempre la hamaca.

La señora Stephens asentía con recelo, y finalmente empecé a usar sólo camisas de mangas largas y pantalones, incluso cuando hacía un calor sofocante, incluso cuando la humedad hacía que la tela se me pegara a la piel.

Nos quedamos allí. Al cabo de un rato, la mujer buscó en su cartera, extrajo una tarjetita, escribió en ella un número.

Mamá se enjugó las lágrimas, aceptó la tarjeta, asintió.

Enseguida se detuvo el ómnibus chirriando y la mujer se subió.

Hicimos el resto del camino a casa caminando, Mamá y yo, sin decir ni una palabra ninguna de las dos. Ni una palabra mientras ella giraba silenciosamente la llave. Ni una palabra mientras giraba silenciosamente el picaporte. Sabía que Papá para entonces estaría durmiendo. No quería despertarlo.

No llamó. No al día siguiente. No el día subsiguiente. Pasaron semanas. Un mes. Dos meses. Cada día que pasaba, yo pensaba en la tarjeta, la imaginaba hundiéndose cada vez más abajo en el bolso de Mamá, la imaginaba llegando al fondo mismo, desapareciendo allí, entre todas las otras notas pasadas y sin uso –listas de compras y recordatorios–, manoseada, arrugada y olvidada.

Finalmente, dejé de imaginarme la tarjeta.

Entonces una nohcecita volvimos a ir a la heladería, Mamá y yo. Papá no había regresado todavía de la universidad.

Tomamos nuestros helados en cucurucho, fuimos al subibaja del parque, dimos toda una vuelta por Brookline caminando. Cuando volvimos a casa, Mamá giró silenciosamente la llave, como la vez anterior, giró silenciosamente el picaporte. Las luces destellaron en el momento mismo en que cerró la puerta. Sucedió de repente, la embestida de

Papá, surgiendo de la tiniebla, como una sombra.

—¡Llego a casa y no está lista la cena! —gritó—. Ahora que estás en los Estados Unidos, ¿te crees que puedes comportarte como una estadounidense, pasando toda la noche fuera de casa?

Mamá meneó la cabeza con frenesí, farfulló algo de que había perdido la noción del tiempo.

—¿Perdiste la noción del tiempo? —preguntó él. Su mano cayó sobre ella. Una vez. Dos veces. La tercera vez, me metí yo entre medio, intenté detenerlo. Su mano cayó sobre mí.

—¿Ése es el efecto que están teniendo en ti los Estados Unidos? —gritó—. ¿Alguna vez perdiste así la noción del tiempo en Nigeria? ¡No! ¡De repente pierdes la noción! Yo voy a darles una lección sobre lo que es perder la noción del tiempo. A las dos les voy a dar.

Más manos sobre nosotras, aporreando una y otra vez hasta que estuvimos de rodillas, acurrucadas contra la puerta, tratando de recobrar el aliento. Entonces se apagaron las luces. Permanecemos en el piso. Nos quedamos dormidas ahí, Mamá rodeándome con los brazos.

Debe de haber llamado a la mañana siguiente, después que Papá salió para la universidad, después que yo salí para la escuela.

Luego, a la tarde, yo estaba sentada en el piso de mi dormitorio, con hojas de tareas desparramadas por todo alrededor. Papá todavía no había regresado.

En ese entonces acostumbrábamos estirarnos el pelo con aquellos gruesos peines de metal, de esos sin cable de corriente, de esos que una pone encima de una hornalla de la cocina, encima de las llamas azules y anaranjadas. Se dejaba el peine ahí apoyado sobre el fuego mientras una se separaba el pelo en partes. Cuando terminaba de separárselo, y cuando el peine estaba bien caliente, echando vapor incluso, lo agarraba, lo soplaba un poco, para sacarle un poco del vapor nomás. Entonces una se estiraba el pelo con el peine, parte por parte, hasta que no quedaba ni un solo rulo en toda la cabeza.

La encontré parada delante de la cocina. Alcancé a ver en dónde estaba el peine estirador, sobre una llama encendida a sus espaldas.

—Cinco minutos —dijo—. Corre al baño, lávate la cara, cepíllate los dientes y cámbiate el vestido por uno de los que te pones los domingos, alguno lindo.

El vestido que elegí era el mejor que tenía, el violeta del Ejército de Salvación de la avenida Mass, con lunares blancos y cinta roja adelante. Las costuras habían empezado a abrirse en los costados, y debajo de un brazo se le había hecho un pequeño agujero. Nadie habría podido ver el agujero, así que me puse ese vestido. Y después fui a la cocina, donde Mamá seguía parada delante de las hornallas, con el peine estirador asomándole de la mano deliberadamente.

—Mamá, ¿adónde vamos? —pregunté.

No contestó.

—Mamá, ¿me oyes?

–Gira la cabeza para este lado.

No bien terminó conmigo, se puso un vestido ella. Nada de los pareos teñidos que usaba en Nigeria, nada de pañuelo elegante en la cabeza como los que solía atarse. Nada especial, sólo uno de esos vestidos largos de color beige, con el dobladillo gastado, pero de todas maneras uno de los más lindos que usaba para ir a la iglesia los domingos. Un vestido estadounidense. Ya estábamos a comienzos del otoño, pero todo el mundo seguía usando vestido.

Enseguida salimos caminando.

Afuera, en el patio, la pequeña Christophine estaba persiguiendo a su hermana mayor Lexine, tratando de sacarle la pelota que tenía en las manos. Romain y Stefon estaban sentados en la escalinata que llevaba al patio, intercambiando figuritas y golosinas.

Shruti se levantó de la baranda de la escalinata donde estaba sentada. Teníamos la misma edad, Shruti y yo, y estábamos en el mismo curso: la clase de la señora Stephen. Todas las tardes ella me esperaba. Jugábamos juntas hasta la hora de la cena. Así eran las cosas en aquellos tiempos. Un edificio de estudiantes internacionales, mayormente indios, africanos, antillanos. Salíamos en conjunto a últimas horas de la tarde y jugábamos hasta el atardecer, hasta que nuestras madres y nuestros padres venían a decirnos que entráramos.

Shruti nos siguió a Mamá y a mí.

–¿Cuándo vuelven? –preguntó. Caminaba a nuestro lado, con la *dupatta* cruzada por el cuerpo como al descuido y una punta arrastrada por el piso. ¿Vuelven pronto?

–Tal vez –contestó Mamá.

–Tal vez –repetí yo.

En el extremo de la calle, en la bocacalle donde Buswell hacía esquina con Beacon, Mamá se detuvo, y yo también, y nos quedamos mirando pasar los coches, esperando para cruzar. Shruti estaba con nosotras, con actitud de frustración en la cara.

–Ya tendrías que volverte –dijo Mamá, sin girar para mirar a Shruti–. Tendrías que volverte antes que tu madre empiece a preocuparse.

Por supuesto, Shruti obedeció.

Cruzamos entonces la calle, seguimos caminando, pasamos por la pizzería de Tony, hasta la plaza Kenmore y más allá, donde formaban su pequeña comunidad el Colegio Emmanuel y el Colegio Simmons y todos los demás. Continuamos avanzando, una al lado de la otra, Mamá con la mano aferrada a la mía. Todo eso lo hicimos sin hablar.

Fue Mamá la que rompió finalmente el silencio. Comenzó despacio y bajo, asombrada de lo maravilloso que era que hubiera cosas como iglesias, bancos de alimentos y gente buena que trabajara en eso.

–Todo tan organizado.

Yo escuchaba.

–¿Quién hubiera pensado que había lugares donde pudiera ir la gente para que le resolvieran este tipo de problemas? –preguntó. Lugares que no eran ni iglesias, ni bancos de alimentos, ni hospitales. Pero eran en realidad una especie de hospital, dijo. Luego–: ¡Ah, qué país! –Qué país era este

que tenía exactamente lo que precisaba una persona, con que sólo supiera lo necesario para preguntar. Pero de alguna manera Dios se lo había puesto en la mente. Y gracias al Cielo ella preguntó. Porque las cosas sin duda mejorarían a partir de ahora. No sería como en Nigeria, donde todo el mundo hubiera insistido en que era su deber permanecer con Papá.

Nos detuvimos junto al tranvía y subimos. Mamá me tuvo agarrada de la mano el viaje entero. Tal vez haya sido algo que hacía sólo para estabilizarse, porque cada vez que me soltaba la mano la suya le temblaba.

Nos bajamos en la estación Copley. De nuevo caminamos. Pasamos por la biblioteca pública, por la calle Boylston. Pasamos por una cuadra de casas tras otra. Nos detuvimos al llegar a una calle de casas iguales.

Mamá extrajo la tarjeta, la que le había dado la mujer. Me sorprendió su relativo buen estado, que aun con todo el tiempo transcurrido parecía bien conservada, algo muy distinto de lo que yo había esperado después de haber estado tanto tiempo enterrada en la cartera de Mamá.

Me quedé mirándola. Mamá también se quedó mirándola unos segundos, como sorprendida de que estuviera en el estado en que estaba.

La casa a la que llegamos era una de esas casas iguales, con puerta de madera roja y una placa también de madera colocada a la altura de los ojos de Mamá. La placa tenía pintado un triángulo rosado sin base y, debajo del triángulo, las palabras UN NUEVO COMIENZO.

Cuando estuvimos delante de la puerta, Mamá se volvió

hacia mí, me frotó las mejillas, como para quitarme cualquier suciedad que hubiera podido acumularse durante el viaje. Me arregló un poco el pelo, poniendo en su lugar los mechones alisados. Me arregló la falda del vestido, la estiró. Quizá se le habían hecho arrugas durante el viaje, y, si era así, se aseguró de quitar todo vestigio de tal cosa. Sólo entonces golpeó a la puerta.

Abrió una mujer, bonita, de piel pálida y cabello castaño hasta los hombros. Tenía puesta una blusa cara, de alguna tela brillante, como la seda. La pollera le llegaba hasta debajo de las rodillas, perfectamente planchada, perfectamente confeccionada, no como el vestido viejo, gastado, de Mamá.

Nos invitó a pasar y nos ofreció asientos frente a su escritorio.

La sala era amplia, con afiches en las paredes, de madres e hijos, de familias con caras sonrientes. Había también otra clase de afiches, con cintas moradas y letras en negritas que decían: **BASTA DE VIOLENCIA DOMÉSTICA.**

Yo exhalé, una de esas exhalaciones largas que parecen desplomarse y seguir desplomándose, cuyo final una está ansiosa por alcanzar, porque de alguna manera contiene la promesa de algo bueno. Exhalé y me puse cómoda en el asiento.

De alguna parte llegaba música suave. También venían ruidos de arriba, de pies y de voces infantiles acalladas.

En el piso principal, en el que estábamos, había otras dos mujeres como Mamá, sentadas frente a dos de los tres escritorios de la sala.

Una mujer tenía dos hijos; parecían gemelos, quizá de tres o cuatro años. Estaban a los costados del regazo de ella, con la cabeza apoyada cada uno en un muslo.

En el otro escritorio había una mujer con una hija. Estaba completando, supongo, los mismos formularios que estaba completando Mamá por nosotras. La hija de la mujer estaba sentada en silencio, con el pelo recogido en dos colitas.

En un rincón de la sala había un televisor de pantalla gigante, sin volumen, donde se alternaban noticias e informes meteorológicos. Sin ninguna antena rota encima, como nuestro televisor, cuya antena había arrancado Papá en uno de tus ataques de furia.

Las sillas eran lindas y acolchadas; para nada nuevas, pero no tenían los agujeros que tenían las nuestras. Y no tenían patas rotas, como habían llegado a tener algunas de las nuestras después de tantas veces que Papá las lanzara contra la pared.

Era un buen lugar, pensé. Un televisor elegante, lindos muebles, bastante silencioso. Sin Papá del que preocuparse.

La mujer que estaba ayudando a Mamá había estado hablando todo el rato, pero yo había estado demasiado ocupada observando a mi alrededor como para oír exactamente lo que decía. Ahora presté más atención y oí. Le había pasado a Mamá una tablita con sujetapapeles. Sobre la tablita había un formulario. Estaba indicándole a Mamá dónde llenarlo.

Mamá seguía completando formularios cuando otra mujer bajó las escaleras desde el piso de arriba.

Era la misma mujer de aquella noche en la parada del ómnibus. La misma mujer de nuestras visitas al banco de alimentos de nuestra iglesia de la calle Buswell.

Me dio unas palmaditas en la cabeza. Miró a Mamá, le dijo qué contenta que estaba de que hubiéramos ido. Tenía

ojos tiernos, con un poco de cansancio en la mirada.

—Aquí van a estar a salvo —dijo. Podría haber estado diciéndonoslo a mí o a Mamá.

Mamá asintió, luego continuó completando los formularios.

La mujer caminó hasta los otros dos escritorios, al parecer para ver cómo iba todo con las madres y las criaturas. Conversó también con las consejeras de ambos escritorios antes de dar la vuelta y volver a subir.

Esperamos. Nuestra consejera hizo algunas llamadas. Esperamos un rato más. Intermitentemente, Mamá me frotaba los hombros, me decía que con eso iba a estar todo mejor. No era que necesitase convencerme. Yo había empezado a imaginarme las nohécitas en ese lugar, a imaginarme que todos esos ruidos que oía llegar del piso de arriba eran voces de niños y niñas de mi edad. Después de las cinco o seis de la tarde, cuando las consejeras se iban a sus casas, me imaginaba que todos los chicos bajarían las escaleras, como hacíamos nosotras en nuestro edificio de departamentos de la calle Buswell, para juntarnos durante las horas anteriores a la cena. Aquí, nos juntaríamos alrededor de ese televisor de pantalla gigante a mirar las películas que eligiéramos.

Estaba pensando en todo eso cuando volvió a acercarse a nosotras la mujer de la parada del ómnibus. Se detuvo al lado de Mamá, meneando la cabeza de un lado al otro. Al principio no decía nada.

—¿Qué pasa? —preguntó al fin Mamá.

Nuestra consejera estaba de pie apoyada en su escritorio, solamente mirando, con los ojos yendo y viniendo entre

Mamá y la mujer.

–¿Pasa algo? –preguntó Mamá.

Una pausa.

–Tu marido –respondió la mujer, en tono de pregunta.

–No sabe –dijo Mamá, contestando a lo que supuso era la pregunta–. No hace falta que le cuentes, ¿no?

La mujer meneó la cabeza.

–Él sólo va a saber lo que autorices que sepa –dijo–. Pero no es ése el problema. –Silencio–. Tu marido –intentó de nuevo la mujer–. ¿Es estudiante?

Mamá asintió.

–De Ingeniería –dijo–. En la Universidad de Boston.

–¿Está aquí con visa de estudiante? –preguntó la consejera.

De nuevo Mamá asintió.

Entonces la mujer volvió a menear la cabeza una vez más, diciéndole a Mamá que lo lamentaba mucho. Un descuido de su parte, dijo. Era algo que tendría que haber hecho, pero aquella nocecita en la parada del ómnibus no había pensado en otra cosa que en los labios hinchados, en todos los moretones que había visto en los últimos meses. Por alguna razón, no se le había ocurrido preguntar qué papeles tenía. No se le había ocurrido ese día indagar sobre las condiciones de nuestra residencia.

–Esto complica las cosas –dijo, meneando todavía la cabeza–. Pero, básicamente, me temo que no puedo hacer mucho, dada la situación. –Seguro teníamos todavía familia en Nigeria. ¿No podíamos sencillamente regresar y estar con ellos y dejar acá a Papá solo para que terminara sus estudios?

La mujer tenía en la cara esa expresión mientras hablaba, casi una mirada en blanco, como si supiera, tan bien como nosotras, que esa solución no era ninguna solución en lo más mínimo.

Mamá se quedó callada, escuchando, o ya tal vez sin escuchar. Tal vez tratando de reacomodar su cabeza, como estaba haciendo yo, a la idea de que volveríamos a estar con Papá.

Miré a la mujer a los ojos, grandes y azules, que me recordaron de nuevo a E.T. Claro que ella, en realidad, habría sido más parecida a Elliot o a Gertie o a Michael. Nosotras por alguna razón estábamos varadas en su país, y a ella le habría encantado escondernos en el ropero, de la misma manera en que todos esconden a E.T. Nos habría ayudado, nos habría cuidado. Sólo que, por alguna razón, no podía.

Caminamos calle abajo, pasamos por las casas iguales, nos subimos al tranvía, bajamos del tranvía, todo en silencio. Fue sólo cuando doblamos por la esquina de la calle Buswell que Mamá por fin habló.

–Es una buena mujer –dijo.

Asentí.

–Lo intentó –dijo Mamá.

Asentí.

–Tal vez las cosas con tu papá mejoren –dijo.

–Tal vez –dije yo.

Bajamos las escaleras que llevaban al patio de nuestro edificio y me imaginé a E.T., enfermo y débil, tirado inerte en el piso del baño. Así en parte habría terminado la película mucho tiempo atrás, aquella novecita, si la hubiera mirado

hasta el final. Agentes del gobierno invadiendo la casa. Luego E.T. en una cama de algo como un hospital, con todos esos científicos enmascarados, vestidos de blanco, tratando de cuidarlo para que recobrarla la salud. Los niños en sus bicicletas volando hacia el atardecer, luego aterrizando de nuevo en el suelo. Los niños mirando fijo con expectativa el cielo que se agrisa, vigilando y esperando que la gente de E.T. aterrice y se lo lleve de vuelta a su casa.